

en las casas. Como afirma Diane Elson (2002a), los riesgos de las decisiones que se toman en la sala de juntas se absorben en la cocina; no es alrededor de la mesa del despacho donde se hace el balance final de tiempos, trabajos y recursos, intentando sacar la economía adelante bajo los condicionantes que esas decisiones imponen. El tercer elemento es que se trata de estrategias feminizadas: el ajuste está sexuado. El desempleo masculino a menudo deriva en un destructivo proceso de pérdida de identidad y de *sentido de la vida*. David Wilkins y Mariam Kemple explican que «la importancia cultural del papel de los hombres como “proveedores” implica que el desempleo tiene a menudo un efecto psicológico especialmente dañino para ellos» (2011: 78). Frente a esto, quienes tienden a reaccionar son las mujeres, buscando nuevas fuentes de ingresos, intensificando el trabajo no pagado o creando redes de intercambio.²⁸ La cuestión clave no es solo cuán problemático es el desempleo, sino la distinta reacción de *mujeres y hombres*. A pesar de las fugas y fracturas que se estaban produciendo en esta forma de entender los sujetos sexuados, cabe preguntarse si, en momentos de crisis, no tienden a reforzarse.

Herramientas para el análisis y la política: La economía se resuelve más acá del mercado

En la crisis se ve con nitidez el rol de los hogares y los trabajos no remunerados como colchón, la realidad de la interdependencia y su resolución inequitativa que sobrecarga a las mujeres. El sistema socioeconómico es un circuito integrado en el que interactúan diversos agentes (empresas, instituciones públicas, hogares y otros tipos de redes). Ante cambios en una esfera, el resto también se recoloca. La clave es que la responsabilidad final de garantizar que el conjunto encaje no es colectiva, sino que está inserta en lo privado-doméstico, está feminizada y, en última instancia, se da en ámbitos que no se quieren ver. La forma de lograr una aparente paz social en el marco de un sistema construido sobre el conflicto capital-vida es ocultarlo, meterlo allí donde es despojado de fuerza política y capacidad de contestación.

²⁸ Dolores Juliano afirma que estas son estrategias usadas por las mujeres «para sortear las situaciones de crisis sin delinquir» (2009: 86). Este protagonismo de las mujeres se ve también en datos como que «durante los dos primeros años de la crisis las parejas con dos perceptores de ingresos han perdido terreno (reducción de -5,1 puntos) casi por completo a favor de las parejas donde hay una mujer ganadora del pan» (Francesca Bettio *et al.*, 2013: 200). De nuevo, esto ya había sido apercibido con anterioridad en lo que Saskia Sassen (2003) denomina la «feminización de la supervivencia», organizada en torno a «circuitos globales».

¡No dependemos de las empresas!

Para entender (y cuestionar) algunas de las *certezas* sobre el funcionamiento de la economía construida por el discurso ortodoxo, comencemos usando lo que se denomina el diagrama del *flujo circular cooperativo simple*. Este esquema, que luego se hace más complejo, mantiene los elementos básicos que aquí discutimos.

Figura 3.1. Flujo circular cooperativo simple

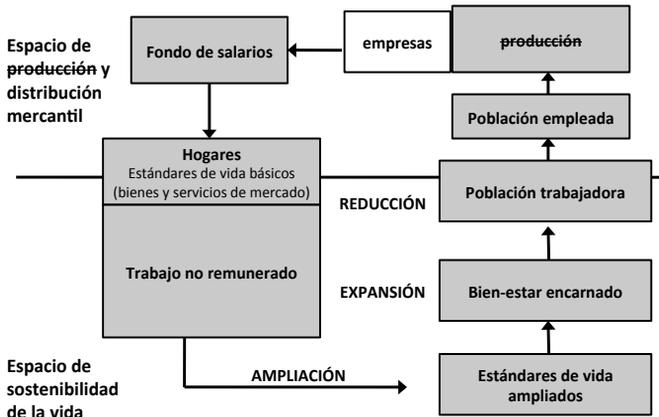


Según el esquema que reproducimos en la figura 3.1, en la economía interaccionan dos agentes: las empresas (capitalistas) y las familias. Entre ambos se producen flujos reales de mercancías (abajo) y flujos monetarios (arriba). Se produce intercambio económico cuando las empresas producen bienes y servicios y los venden a las familias; a su vez, las familias los pueden consumir gracias al salario que obtienen al vender su tiempo de trabajo. Según este esquema, las familias dependen tanto de lo que producen las empresas como del trabajo que éstas decidan contratar. La iniciativa económica primera y última es de las empresas, que son quienes con su actividad dan inicio a los flujos y ponen en marcha el sistema. El bien-estar del conjunto social está al albur del buen desempeño empresarial. No hay conflicto, sino comunidad de intereses y libre intercambio. Para que todo vaya *bien*, debe haber acumulación de capital. Su lógica es legítima y deseable porque permite el crecimiento *económico*, que es una imperiosa necesidad colectiva

y colma las expectativas de los consumidores insaciables. Esta visión sustenta los panegíricos a la iniciativa privada y al ánimo de lucro y es el argumento principal para justificar el rescate empresarial por encima de cualquier otro objetivo social.

En este diagrama, la única población relevante es el empresariado y aquella parte de las familias que va al mercado laboral. El resto es una carga, socialmente deseable, pero económicamente costosa. La forma de entender a las personas trabajadoras es la que, desde los análisis centrados en los cuidados, hemos denominado el *trabajador champiñón*: aquel que solo importa en la medida en que se incorpora al proceso *productivo*.²⁹ No importa dónde estaba antes de llegar a la empresa ni adónde va cuando se marcha. Se presupone que con su salario lo resuelve todo ya que no tiene desesidades más allá de aquellas que cubre con el consumo mercantil. Tampoco tiene responsabilidades sobre el bien-estar ajeno que sean reconocidas como algo que interfiera o condicione su inserción laboral. Sin embargo, ese trabajador champiñón no es tal: alguien se ha hecho cargo de él cuando era niño, lo hace cuando enferma, lo hará cuando envejezca; de alguna manera gestiona su regeneración diaria, tanto corporal como emocional. Ese flujo circular está pensado para un sujeto económico que no existe.

Figura 3.2. Flujo circular de la renta ampliada



²⁹ La metáfora del champiñón responde a la idea de que la gente brota en el mercado dispuesta a trabajar y/o consumir por generación espontánea. En el próximo capítulo damos más referencias al respecto.

Intentando integrar más aspectos en el análisis, Antonella Picchio propone este otro diagrama, al que denomina *flujo circular de la renta ampliado*.³⁰ En este diagrama se pueden apuntar varias cosas. De la horizontal para arriba está el espacio de producción y distribución mercantil donde efectivamente actúan las empresas capitalistas, que usan la mano de obra proveniente de los hogares. Pero esa mano de obra no está ahí esperando a ser llamada, ni se come crudo el salario que le pagan. Su surgimiento en el ámbito mercantil requiere todo un proceso de *elaboración*; la fuerza de trabajo son personas cuyas vidas han de ser sostenidas y esto excede el mero consumo de mercancías. Más aún, hay vidas que no aparecen en los mercados como fuerza de trabajo, ni casi como consumidoras. La vida humana desborda su dimensión mercantil y se resuelve de la horizontal para abajo, en lo que Picchio llama «espacio de desarrollo humano» y que aquí nombramos como espacio de sostenibilidad de la vida.³¹

El *trabajador campeón* solo existe si alguien cubre el conjunto de sus desesidades vitales, que el salario ni colma ni garantiza, y se hace cargo de las responsabilidades sobre la vida de otras personas que ese trabajador no puede asumir porque se le exige plena dedicación a la empresa. La mera existencia de los mercados requiere que la vida siga, sin embargo, la vida, en sentido multidimensional y holístico, no se resuelve en ellos, sino fuera (aunque sí está sumamente sometida a los dictámenes que establecen). A ese fuera del mercado podemos llamarlo *más-acá-del-mercado*, porque está más cerca de la vida misma. No es el conjunto social el que está en manos de las empresas, sino las empresas las que dependen de que funcione toda esa esfera *más-acá-del-mercado*, que regenera de forma cotidiana y generacional la mano de obra y sostiene la vida usando mercancías como una de las piezas para ello (clave, sí, pero no la única).

El papel de los trabajos no remunerados

Los trabajos no remunerados juegan un triple papel económico: ampliación del bienestar, expansión del bienestar y selección de la parte de la población que se integra en el mercado como fuerza laboral. No se trata de que haya diversas actividades

³⁰ Desarrollado en Antonella Picchio (2001, 2005 y 2009) y elaborado posteriormente por otras autoras, como Cristina Carrasco (2001 y 2011), Corina Rodríguez Enríquez (2010) y Astrid Agenjo (2011). Aquí lo utilizamos ligeramente adaptado. Otras de las autoras que más han ahondado en los trabajos no remunerados son Rania Antonopoulos (2008) y María Ángeles Durán (2012).

³¹ Usamos esta nomenclatura en el sentido de que en esta se asume la responsabilidad de asegurar ese mantenimiento, aunque para hacerlo efectivo se utilicen bienes y servicios procedentes de la esfera mercantil.

que, respectivamente, cumplan cada una de esas funciones. Las tres están o pueden estar contenidas en una misma actividad. Por ejemplo, al cocinar ampliamos la calidad de vida que nos daría la ingesta de alimentos crudos; también la expandimos, al no cocinar para una persona abstracta, sino para alguien en concreto; y, además, sirve para que la gente esté alimentada y recupere energías (físicas y, probablemente, emocionales) para volver otra vez a su trabajo asalariado.

Los bienes y servicios comprados en el mercado generan unos *estándares de vida básicos*; nuestra calidad de vida viene determinada por nuestra capacidad de compra. Somos esclavxs del salario, «sí, pero...» hay más. La inmensa mayoría de esos bienes y servicios requieren, primero, de un arduo trabajo de localización, compra y gestión hasta que llegan al hogar, así como de un proceso intenso de transformación y/o mantenimiento para poder satisfacer desesidades; prácticamente todo lo que se compra requiere de un proceso de trabajo posterior y anterior. En segundo lugar, en los hogares se producen muchos bienes y servicios adicionales; el abanico de lo que esto puede incluir es inmenso, más aún si lo miramos desde una perspectiva global y no solo desde contextos donde la vida está relativamente más mercantilizada. Cuánto se delegue en el mercado y cuánto se produzca de forma extra-mercantil es una de las decisiones clave de los hogares en función de circunstancias cambiantes y de factores materiales y discursivos: el ciclo vital, las expectativas de consumo, dónde se sitúe la frontera de la mercancía, las oportunidades laborales y otras vías de ingresos, la (in) existencia de fórmulas alternativas a los mercados capitalistas, la disponibilidad de las redes sociales y familiares, etc.

Esta es la primera función identificable de los trabajos no remunerados: la ampliación del bien-estar mediante la adquisición, transformación y mantenimiento de lo que procede del mercado, así como mediante la generación de recursos adicionales. Así se definen unos *estándares de vida ampliados*. La relevancia de esta función se puede argumentar en términos cuantitativos, midiendo los trabajos no remunerados, bien en términos de cuánto tiempo se dedica a trabajar gratis, bien en términos de dinero (cuál es su equivalente monetario, opción que aquí desestimamos).³² Usando datos relativos al tiempo (y a pesar de las dificultades metodológicas y las discusiones político-conceptuales que encierra el intento de

³² Hay todo un debate sobre cuál de las dos es la forma más conveniente y/o en qué medida son complementarias. Una introducción a la medición del trabajo no remunerado se recoge en OPS (2008). María Ángeles Durán es una de las autoras que más ha trabajado este asunto en el Estado español (véase, por ejemplo, 2006). A nivel global puede verse, entre otros trabajos, Debbie Budlender (ed., 2010). Una de las primeras críticas a las mediciones monetarias está en Louise Vandeland (1985).

reducir el tiempo de vida a números), los datos tienden a corroborar tres resultados: se dedica más tiempo al trabajo no remunerado que al trabajo remunerado; la carga global de trabajo (la suma del trabajo pagado y el gratuito) es mayor para las mujeres que para los hombres; y la mayor parte del tiempo de trabajo de las mujeres se dedica a actividades no remuneradas, mientras que la mayor parte del tiempo de trabajo de los hombres se dedica a actividades de mercado.³³ Estos hallazgos son comunes para muy diversos contextos, a pesar de las enormes variaciones que se encuentran a lo largo del tiempo y por países, grupos sociales, etc. Esto significa que el trabajo no remunerado no tiende a desaparecer con el *desarrollo* sino a cambiar de componentes, de intensidad y de condiciones;³⁴ y, sobre todo, significa que el argumento de que es invariable, anacrónico y/o tendente a desaparecer no puede en ningún caso usarse para negarse a incorporarlo al análisis.

Más allá de la importancia *cuantitativa* del trabajo no remunerado, capturada en la función de la *ampliación* del bien-estar, la clave está en su papel *cualitativo*, captado en su segunda función: la *expansión del bien-estar*, es decir, garantizar que los recursos ampliados finalmente respondan a las desesidades de cada persona, que produzcan calidad de vida encarnada y que, mediante la generación de una inmensa cantidad de servicios personales, cubran la faceta afectiva y relacional de

³³ Por poner un ejemplo: según la OCDE (2011) en el conjunto de la OCDE-28 las mujeres trabajan nueve horas (cuatro para el mercado y cinco fuera) y los hombres ocho (seis en el mercado y dos fuera). En general, en los ámbitos rurales se trabaja más que en los urbanos (siendo mayor el porcentaje no remunerado); al igual que trabajan más las personas indígenas respecto de las blancas y mestizas, las clases más bajas de las altas y más cuanto menor sea el nivel de estudios (en Ecuador hay buenos datos fruto de desagregaciones por origen étnico, nivel de estudios, clase social y ámbito rural o urbano).

³⁴ En las décadas de los años sesenta y setenta se debatió mucho si el trabajo no remunerado desaparecería con la expansión del capitalismo y las innovaciones tecnológicas. Se ha ido viendo que esto no es así, si bien cambian su contenido y sus condiciones. En los países del Norte global el trabajo no remunerado más que reducirse ha cambiado de composición: disminuyen las horas dedicadas a tareas más materiales, pero se multiplican las destinadas a gestiones, a interactuar con una red cada vez más compleja de servicios e instituciones, y a labores de índole más afectiva y relacional. Por ejemplo, en el Estado español atender a los menores requiere siete horas semanales, tres horas en el caso de los hombres y casi once en las mujeres (datos de la encuesta de usos del tiempo CSIC 2003, recogidos en María Ángeles Durán, 2010). En contraste, ir a por agua y recoger leña lleva entre una hora y más de dos horas diarias en Sudáfrica para quienes se encargan de ello, en gran medida, niñas (datos para 2002, recogidos en Mark Blackden y Quentin Wodon, eds., 2005). En los países del Sur global, la inexistencia de medios materiales e infraestructura básica puede imponer condiciones muy penosas al trabajo no pagado. Vivian Milosavljevic (2010), con datos para Colombia, encuentra que las mujeres dedican treinta y siete horas semanales a actividades domésticas cuando no disponen de agua ni en la vivienda ni en su terreno, frente a veinticinco horas cuando tienen agua en la vivienda. Los hombres, por su parte, dedican respectivamente siete y seis horas.

las expectativas de vida de las personas. En el mercado se produce para un sujeto consumidor abstracto y/o para cubrir una faceta concreta de su bien-estar. Pero no se atiende al sujeto consumidor ni en tanto vida corporeizada, con desesidades particulares para convertirse en una vida significativa, ni en tanto vida *en su conjunto*, donde los diversos recursos procedentes de diversas esferas entran en conjunción y, como resultado último, generan o no vidas vivibles. Es *más-acá-del-mercado* donde se garantiza que los diversos bienes y servicios provenientes de distintos ámbitos compongán finalmente las condiciones concretas de posibilidad de vida. Aquí se *asegura que el conjunto encaje*, entendiendo por encajar la regeneración del bien-estar emocional y material cotidiano para personas específicas, para subjetividades encarnadas. Aquí se atiende a todas las vidas (humanas) y en todas sus dimensiones, mientras que en el ámbito de la producción mercantil se puede atender a determinadas vidas, aquellas que pueden pagar para ser escuchadas, aquellas que son consumidoras y, en ciertas dimensiones, aquellas que se rentabilizan. Antonella Picchio habla de *cuidados* para referirse a esta función, como un factor de conversión de los medios en capacidades y funcionalidades.

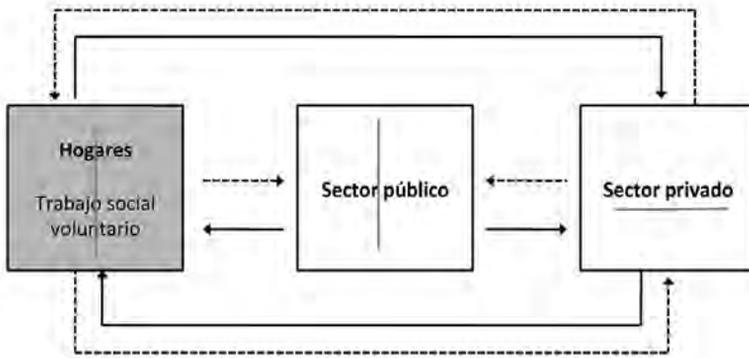
En el ámbito de sostenibilidad de la vida, se responde a las vidas de todos los sujetos de forma integral. Sin embargo, solo unos pocos venden su fuerza de trabajo a cambio de un salario. La última función de este espacio económico es actuar de interfaz entre la esfera de los mercados y el resto de dimensiones socioeconómicas: definir quiénes van a ser esos trabajadores champiñón y garantizar que efectivamente aparezcan en el mercado como tales, con sus desesidades resueltas y sin responsabilidades sobre el proceso de transformación del salario en bien-estar. Esta función es denominada por Antonella Picchio como *reducción*: se reduce el conjunto de la población al escoger a quienes van al mercado y se reduce a esas personas a su faceta única de mano de obra plenamente disponible y flexible.

Hilos pendientes de profundización

Aún abordamos esta visión integral del sistema socioeconómico con trazo grueso. Mencionemos algunos de los asuntos que quedan pendientes de trabajar. Por fuerza hemos de reconocer que hemos proporcionado una visión en gran medida dicotómica (espacio mercantil frente a espacio de sostenibilidad de la vida), al estilo de la que pretendíamos cuestionar con la noción de circuito integrado. Este reduccionismo es estratégico porque nos permite hilar con el conflicto capital-vida. Mientras en el primer espacio se imponen las necesidades del proceso de valorización, en el segundo se interviene de forma que finalmente se sostiene la

vida. A partir de aquí, se trataría de intentar hilar más fino para ver en qué medida interactúan esos dos ámbitos, así como las porosidades que hay entre ellos: qué espacios, qué trabajos, qué sujetos no calzan en esas fronteras. Otra limitación es que se explica la interacción entre las dos esferas muy vinculada a la faceta del trabajo (qué trabajos se hacen y cómo el espacio oculto regenera la fuerza de trabajo en lo mercantil) y no hay una mirada complementaria en torno al consumo (cómo la propia esfera mercantil reconstruye la idea de desesidad, cómo aparece en esa esfera la gente en tanto consumidora)³⁵ o, en un sentido más amplio, al bien-estar.

Figura 3.3. Flujo circular de la riqueza social



Introducir al Estado en el análisis es especialmente importante. Volvemos de nuevo a Antonella Picchio, quien desarrolla este diagrama del flujo circular de la riqueza social, caracterizado por tres elementos: la aparición de tres grandes instituciones (Estado, mercado y hogares) organizadas en dos sectores (monetizado, en blanco, y no monetizado, en gris); el papel de mediación que juega el Estado; y las tensiones para combinar el sentido del proceso de producción de mercancías

³⁵ Para S. Charuseela, a día de hoy hay dos vías de análisis feminista. Una de ellas centra el análisis en el sujeto consumidor y la otra en el sujeto trabajador. La forma en que se dan estos discursos actualmente los convierte en irreconciliables: «Los dos enfoques —los que resaltan la constitución discursiva del trabajo sexuado y los que resaltan la constitución discursiva del deseo sexuado— no son compatibles. La razón subyacente es la escisión entre las concepciones cliterocéntricas (deseo sexual) y uterocéntricas (trabajo de cuidados reproductivo) del sujeto económico, según las cuales el último entra al trabajo y el primero al consumo» (2008: 1). Esta autora intenta proporcionar vías de salida para este *impasse*, en la línea del necesario acercamiento entre economía feminista y teoría feminista (especialmente, la vinculada a teoría queer) que aquí sugerimos.

y el de reproducción social (por eso las líneas contrapuestas horizontales y verticales en sus respectivos escenarios). Digamos que esto recoge el sentido que en este texto hemos otorgado al Estado como principal institución de mediación en el conflicto capital-vida.

También deberíamos incluir en el análisis los diversos tipos de mercado (especialmente, diferenciar el ámbito de la economía real del ámbito financiero), así como distinguir los mercados capitalistas frente a otros mercados, sobre todo frente a la economía social y solidaria; introducir la diferencia entre los mercados formales y la economía informal y/o popular; así como atender a otras formas de economía no monetizada distintas a los hogares. Pero quizá la mayor urgencia sea descentrar la vida humana, es decir, focalizar la atención en la vida, en sentido amplio, incluyendo la no humana; o, sobre todo, entender los hilos de continuidad desde la noción de que las vidas humanas y no-humanas no están escindidas, lo que obliga a comprender la economía como un subsistema dentro de un ecosistema que la contiene.

Finalmente, cabe mencionar el riesgo implícito en idealizar la esfera de sostenibilidad de la vida. Tal y como hemos narrado, podría parecer que en ese ámbito todas las vidas son igualmente valoradas y que nadie ve denegadas sus aspiraciones siempre y cuando haya medios para hacerlas viables. Antes decíamos que, en el contexto actual, la familia extensa actúa como colchón, pero es cierto también que hay que cumplir ciertas normas de conducta para que esa familia te reconozca como merecedora de atención. Si en el ámbito de producción y distribución mercantil el mecanismo para que se reconozcan las desesidades es disponer de dinero, en este otro ámbito funcionan otros mecanismos (relativos a normatividades sexuales y de género, entre otros) que hacen que tampoco todas las vidas valgan igual. De forma similar, tampoco todos los trabajos en esta esfera son imprescindibles para sostener la vida; los hay, por ejemplo, que son funcionales a la pervivencia de formas de control. Tener la casa como los chorros del oro dudosamente es necesario para sostener la vida, pero sí imprescindible para someter a las mujeres al ideal de *ángel del hogar*. Tampoco puede decirse que el leitmotiv de los trabajos no remunerados sea cuidar la vida, como ya hemos discutido. Todo esto (y más) nos queda pendiente, además del asunto básico de pensar en el circuito integrado de la economía en contextos distintos al Norte global urbano, que es el referente del diagrama aquí planteado.

La privatización de la responsabilidad de sostener la vida: los hogares

Con la crisis abrimos la pregunta sobre el papel de las redes comunitarias: ¿están cogiendo fuerza a medida que salir adelante en pequeñas unidades aisladas se vuelve cada vez más difícil? ¿Pueden llegar a instituir una responsabilidad colectiva sobre el bien-estar? También podemos preguntar de cara al pasado: ¿han existido en otros momentos instituciones que encarnen una responsabilidad común en sostener la vida? ¿La instauración del capitalismo se basa, de hecho, en destruirlas? En parte, esta sería la tesis de las nociones de acumulación primitiva y acumulación por desposesión.³⁶ Sin ánimo de dilucidar semejante discusión histórica, cabe decir que hoy por hoy no hay instituciones comunes con la suficiente fortaleza como para poder hablar de una responsabilidad colectiva en la sostenibilidad de la vida. Las de mayor fuerza (las de lo público-estatal) están, en última instancia, al servicio del proceso de valorización. La responsabilidad de poner las condiciones de posibilidad de la vida se localiza en ese espacio *más-acá-del-mercado*, organizado en torno a estructuras de cotidianeidad e intimidad.

Aunque vivamos solxs en una casa, no organizamos nuestra vida en soledad, sino en red. En estas páginas, denominamos *hogares* a las redes de mayor cercanía, con mayor peso en la toma de decisiones económicas primarias (cómo organizar los trabajos, acceder a recursos, gestionar los cuidados, etc.) y donde en última instancia se ajustan todos los procesos. Son la forma organizativa en la que las personas resolvemos la dimensión económica de nuestras vidas, tanto en lo cotidiano como en las proyecciones de futuro, dotando a la vida de lo que Jeanine Anderson (2008) denomina *sentidos de trascendencia*. Son la *unidad socioeconómica básica* y, por lo tanto, la unidad analítica básica; si no comprendemos cómo funcionan, no entenderemos cómo marcha el sistema socioeconómico.

Los hogares pueden tomar mil formas, en absoluto reducibles a la figura de la familia nuclear tradicional: familia extensa, familias recompuestas, hogares unipersonales, monomarentales, transnacionales, parejas de distinto sexo y del mismo sexo, hogares compuestos por personas sin parentesco ni vínculos legales entre sí, etc. Para entender el funcionamiento de la economía es clave comprender la

³⁶ Se argumenta que históricamente los comunes permitieron cierta independencia de los señores feudales y que su desposesión fue la clave del auge del capitalismo. Al respecto pueden verse Elinor Ostrom (1990) y Peter Linebaugh (2008). Ahora bien, una forma de gestión comunal de los recursos no tiene por qué implicar necesariamente una responsabilidad común en el sentido de que esté justa y democráticamente distribuida.

interacción entre los hogares que funcionan de facto y los formal y legalmente reconocidos (sobre todo, en términos civiles y de derechos sociales y económicos), así como entre la familia normativa y las *familias elegidas*. El hogar que se ha impuesto como la *normalidad hegemónica* es la familia nuclear; la sospechosa persistencia que muestra la familia tradicional en el contexto de crisis se vincula con el hecho de que es el escenario en el que se despliega la ética reaccionaria del cuidado.

Cuando la economía ortodoxa intenta casar su individualismo metodológico con el reconocimiento de los hogares en tanto unidad analítica colectiva, lo hace pensándolos como unidades armoniosas. La Nueva Economía de la Familia lo explica elocuentemente: los intereses de la familia quedan incluidos dentro de los del jefe del hogar, quien actúa como un *dictador benevolente*.³⁷ Esta ha sido la manera de ocultar la vulnerabilidad, negada por la economía ortodoxa al ensalzar la autosuficiencia, a pesar de ser una condición básica de la existencia: el individuo champiñón protagonista del libre intercambio en la esfera mercantil tiene un correlato fuera del mercado en la familia armónica, ahí se oculta su dependencia. Afirmaba así Margaret Thatcher, adalid del neoliberalismo:

Creo que hemos pasado un tiempo en el que a demasiada gente se le ha hecho pensar que si tenía un problema era responsabilidad del gobierno resolverlo. «Tengo un problema, conseguiré un subsidio». «No tengo hogar, el gobierno debe darme una casa». Están volcando sus problemas en la sociedad. Y ya se sabe, no existe algo así como la sociedad. Existen hombres y mujeres individuales y existen familias. Y ningún gobierno puede hacer nada si no es mediante la gente y esta, antes de nada, debe recurrir a sí misma. Es nuestro deber cuidarnos y, luego, cuidar también del vecino. (1987)

Con esas palabras, Thatcher deja clara la doble óptica propia de la teocracia mercantil. La responsabilidad de salir adelante es *individual*, en ningún caso del Estado, colectiva; en ese sentido *la sociedad no existe*. Pero este individualismo extremo

³⁷ Esta es la rama de la economía neoclásica que se dedica a entender el funcionamiento de las familias (sus decisiones de consumo, inversión, oferta laboral, reparto de trabajos, demográficas, etc.). Sus conclusiones tienden a demostrar cómo los modelos convencionales de familia responden a decisiones racionales y son económicamente impecables. Elevan así a categoría de máxima eficiencia las desigualdades más sangrantes. Como afirma Barbara Bergmann, «decir que "los nuevos economistas del hogar no son feministas en su orientación" sería tan atenuado como decir que los tigres de Bengala no son vegetarianos» (1987: 132-3). Una crítica a este enfoque puede verse en Cristina Borderías y Cristina Carrasco (1994).

tiene una contracara indispensable: las familias armoniosas. La responsabilidad es del individuo egoísta en el mercado y de la familia armoniosa individual fuera del mercado. Es tan armoniosa la familia, que constituye una unidad en sí.

Frente a esta visión idílica de los hogares, la economía feminista los piensa como escenario de conflicto cooperativo.³⁸ En ellos se da algún tipo de cooperación, una cierta gestión común del bien-estar. Pero también son escenario de conflicto, de relaciones de poder, de distribución desigual e injusta de lo que se hace, quién lo hace, qué recibe a cambio, cómo se valora lo que cada quien aporta y desesita. La conformación de los hogares responde a múltiples factores, pero, en última instancia, podemos decir que tiene que ver más con criterios morales y normativos respecto al parentesco, al *amor*, a la sexualidad y al género, que con criterios de funcionalidad mercantil. Son una institución socioeconómica que refleja las normas heteropatriarcales de manera nítida en su funcionamiento y estructura.

Mientras las miradas androcéntricas constriñen el análisis económico a la díada mercado-Estado, la economía feminista atiende a la tríada mercado-Estado-hogares. Pero probablemente la idea de esta tríada se nos quede también corta. Lo común de la vida no se resuelve de forma estática entre cuatro paredes. ¿Dónde empieza y dónde acaba un hogar? Gestionamos nuestra vida económica en redes, con flujos de recursos y de trabajos que van y vienen, de mayor o menor intensidad, de ida y vuelta o unidireccionales. Redes que tienen nodos, puntos donde se concentran las decisiones y los compromisos de gestión socioeconómica; y en las que los nodos interactúan, se comunican, mutan de forma y reconstruyen nuevas conexiones a lo largo del tiempo. Precisamos mirar los hogares de forma *sin-crónica*, en función de qué relaciones están involucradas en la toma de decisiones cotidiana, y de forma *diacrónica*, atendiendo a cómo se piensa y organiza la vida a largo plazo. La búsqueda de mapas, para entender esa tela de araña que resuelve lo vital al final, es mucho más prometedora que el sumatorio de esferas. Precisamos una cartografía en movimiento constante, cuyas reconfiguraciones seamos

³⁸ Frente a los modelos de hogar unitario, aparecen los modelos de lo que se llama teoría de juegos. Estos asumen que dentro de los hogares no hay una decisión única, sino negociación. Algunos piensan que la negociación es cooperativa. Otros piensan que hay conflictos (por ejemplo, Frances Woolley, 1988). Un repaso de todos está en Janet Seiz (1999). Finalmente, están los modelos de conflicto cooperativo (es central el trabajo de Amartya Sen, véase, entre otros, 1990); como reelaboraciones feministas, destacan las de Bina Agarwal (por ejemplo, 1997). En general, estos análisis están mucho menos basados en fórmulas matemáticas y utilizan otro tipo de herramientas metodológicas, ya que resulta imposible dotar de modelo y cuantificar la complejidad de las normas sociales que marcan la conformación de los hogares, su funcionamiento dinámico y en red y la imposición performativa de nociones de *normalidad*.

de las políticas neoliberales y la expansión del capitalismo heteropatriarcal. A la vez, debemos comprender las formas de corte comunitario y en red que puedan estar surgiendo para resolver la vida en el actual contexto de crisis. Si, en el futuro, queremos que la responsabilidad de sostener la vida sea colectiva, tenemos que lograr captar las formas colectivas en funcionamiento y su papel en la sostenibilidad de la vida, pero sin idealizarlas, atendiendo a las desigualdades que puedan estar re-produciendo (en especial, las de género).

Sostener la vida: una responsabilidad ¿feminizada?

No son solo las estrategias de supervivencia las que están feminizadas; en un sentido más amplio, lo está la responsabilidad misma de sostener la vida. Obviamente, con esto no queremos decir que ningún hombre trabajador asalariado aporte nada al bien-estar. Por un lado, no hablamos de todas las actividades socioeconómicas, sino de aquellas donde se localiza la responsabilidad primaria y/o última de garantizar que el conjunto encaje. Aunque desde los mercados se proporcionen recursos útiles para sostener vida, en ellos no se asume la responsabilidad de lograrlo. De forma similar, la figura masculinizada del *ganador del pan* lleva a casa un sueldo, pero, cuando el desempleo ataca, quienes hacen malabares para que el hogar perviva suelen ser mujeres. Por otro lado, no hablamos de todas las mujeres del mundo en bloque, frente a todos los hombres del mundo en otro bloque, sino de cómo el sistema socioeconómico está sexuado a nivel simbólico, subjetivo y material.

A nivel simbólico, la responsabilidad de sostener la vida está feminizada porque se conecta a un conjunto de valores que están en sí feminizados, frente a la asociación del trabajo de mercado y la lógica de acumulación con la masculinidad (asunto que dejamos para el siguiente capítulo). Está feminizada también en el sentido de que se vincula con un proceso de construcción diferencial de las identidades femeninas y masculinas que, a su vez, tiene fuertes implicaciones en el quién hace qué. Las subjetividades socioeconómicas están sexuadas y esto afecta a la materialidad socioeconómica. El género, en tanto que realidad performativa, adquiere sentido a través del funcionamiento de la economía; y la matriz heterosexual, como marco de comprensión de los sujetos (mujeres frente a hombres), tiene una dimensión socioeconómica clave.

Dimensiones socioeconómicas de la matriz heterosexual

La economía feminista, al introducir el género en el análisis, a menudo lo hace en estrecha vinculación con los postulados del sistema sexo-género. Según estos, a partir de una diferencia biológica natural (el sexo), se nos adjudica un lugar social distinto (el género): la injusticia está en asignar lugares diferenciados y que el de los hombres sea de privilegio. Desde aquí denunciarnos el injusto reparto de roles en la familia nuclear y en la división sexual del trabajo y afirmamos que el conjunto de instituciones económicas son *portadoras de género*,⁴⁰ ya que tanto los distintos mercados como el Estado del bienestar perpetúan ese injusto reparto de roles. El problema de insistir en que aquí se condensa la principal estructura sexuada de la economía es que no nos permite ver a quienes no se ajustan a esa norma, ni comprender sus distintas materializaciones según grupos sociales, ni entender cómo cambia. Como mucho hablamos de que un modelo clásico de división sexual del trabajo «varón proveedor-ama de casa» está siendo suplantado por otro, «hombre en el empleo-mujer con doble jornada y con una peor inserción laboral».

El problema es que a menudo utilizamos la categoría género para referirnos a identidades estáticas, dicotómicas y plenamente coherentes, basadas en el sujeto fuerte la *mujer*. Para dotar de complejidad a esta mirada, hay dos herramientas muy útiles: la noción de matriz heterosexual y la idea del género como una realidad performativa.⁴¹ El planteamiento básico es que no hay una correspondencia estricta sexo-género. El género no es tan sencillo como que a una biología le corresponda un lugar social, en línea directa y sin interrupciones: a los hombres, el trabajo de mercado; a las mujeres, el no pagado (y, si les sobra tiempo y energía, un poco del pagado, el de mercado).

Por un lado, el lugar biológico no es ni natural ni nítido. El discurso biológico se construye de forma que todo el mundo encaje en uno de los dos lugares señalados como posibles. Se nos asigna ser mujer u hombre en términos biológicos, se hacen desaparecer los espacios intermedios (por ejemplo, se *corrige* la intersexualidad

⁴⁰ En sentido estricto, se plantea diferenciar las instituciones con atribución de género, aquellas en las que hay roles de género específicos asociados al sexo de la persona, como el matrimonio (heterosexual); y las portadoras de género, en las que no se da esa asociación, pero sí hay valores o posiciones asociados a la masculinidad y la feminidad (trabajos masculinizados y feminizados; relaciones jerárquicas en las que la subordinada es la feminizada, etc.). Así lo planteaba Anne Whitehead (1979). A día de hoy, se usa en un sentido amplio para referirse al hecho de que reproducen la desigualdad.

⁴¹ Quien más ha desarrollado estos conceptos ha sido Judith Butler (entre otros, 1990, 1993 y 1997).

con intervenciones quirúrgicas a lxs bebés para asignarles un lugar único) y se promociona a lo largo de toda la vida que los cuerpos se vayan moldeando para calzar en ese par.⁴²

Por otro lado, en función de cómo se lea la biología, se va construyendo una línea de continuidad que pasa por el deseo que debemos sentir, el cuerpo que debemos moldear, los sentimientos que hemos de albergar, los espacios sociales, económicos y políticos que debemos ocupar. Realmente no es una línea, sino dos: o bien recorres la de la feminidad o bien la de la masculinidad. Si la recorres adecuadamente, serás reconocible tanto en el lenguaje como en el sistema socioeconómico. Las personas somos inteligibles en la medida en que respetamos la concordancia entre cómo se leen nuestros cuerpos (mujer u hombre) y el lugar social que se nos adjudica; así se entiende qué somos y qué hacemos, tenemos cabida y reconocimiento social. Toda ruptura con esta doble línea de concordancia entre sexo, género y deseo implica un castigo. Todo sujeto que no encaja en ella puede verse fuera del conjunto de estructuras sociales construidas en torno a esa concordancia. Y si la ruptura es muy grande, ese sujeto quedará fuera de los códigos, simplemente no será comprensible.⁴³ Esto es lo que capta la noción de matriz heterosexual, que bebe de la idea de jerarquías sexuales de Gayle Rubin (1984), quien señala la multitud de variables que van construyendo una jerarquía en la que no es lo mismo ser hombre hetero que hombre gay, ni lo mismo renunciar a casarse (y que sea o no matrimonio hetero) que no hacerlo, etc.

En la medida en que, día tras día, nos vamos insertando en la matriz y la usamos para auto-reconocernos, para reconocer al resto así como para delinear las instituciones socioeconómicas, la vamos (re)construyendo. Por eso decimos que el género es una realidad performativa, un deber-ser que se crea y actualiza con su cumplimiento o que se modifica y erosiona con su desobediencia. Una norma que se instala sobre los cuerpos en función de cómo se entiende su biología, que va moldeando los cuerpos como sexualmente diferenciados y que adquiere sentido en su propia repetición.

⁴² Sobre intersexualidad puede verse Anne Fausto-Sterling (2000) y Mauro Cabral (ed., 2009). Sobre la implantación en los siglos XVIII y XIX del modelo de dos sexos, Thomas Laqueur (1990).

⁴³ Si lo primero que decimos cuando hablamos de alguien recién conocido es decir si es mujer u hombre, ¿cómo podríamos hablar de alguien que no sea ni una ni otro? ¿El comentario probable no sería que no sabemos qué es?

El género no *es* ajeno ni previo al sistema económico. Lo que significa ser mujer u hombre no se construye en otro lugar distinto a la economía ni permanece inmutable, sino que se (re)construye también en las interacciones económicas. No podemos limitarnos a ver dónde están mujeres y hombres en la economía, también necesitamos entender la (re)construcción sexuada de agentes económicos. Las instituciones socioeconómicas no son solo portadoras, sino también *re-productoras* de género: entidades activas en la actualización constante de las formas de entender lo masculino y lo femenino, el ser mujer y el ser hombre, empezando por crear esa distinción básica: el binarismo de género. El lugar ocupado en el sistema socioeconómico forma parte de esa línea de continuidad que hemos de transitar y que reconstruimos a la par que la recorremos. A nivel subjetivo, construirse como hombre implica adherirse a una *ética productivista* y construirse como mujer hacerlo a una *ética reaccionaria del cuidado*. A nivel material, se traduce en la división sexual del trabajo cristalizada en la familia nuclear como normatividad económica.

La ética reaccionaria del cuidado

La masculinidad en nuestro contexto y en términos económicos pasa por una construcción identitaria *de sí para sí* a través del trabajo remunerado. Tener un empleo, detentar una profesión, ganar un salario... otorga sentido de la identidad y reconocimiento colectivo bajo los parámetros de la masculinidad. Mirar para sí mismo es legítimo para los hombres. Se produce una primera construcción identitaria autocentrada mediante la inserción en la esfera de la producción a partir de la cual podrán (o no) mirar por sus dependientes, como nos decía la figura del dictador benevolente. A esto lo podemos llamar *ética productivista*. La feminidad pasa en gran medida por una construcción *de sí para los demás*, a través, entre otros mecanismos, del desempeño de todos los *trabajos residuales*. Aquí, una de las claves que dotan de sentido propio de la identidad y de reconocimiento social es la realización de las tareas que posibilitan la vida ajena, supeditando a ello la vida propia. Esta lógica opera prioritariamente en lo privado-doméstico, donde se subsume la responsabilidad de sostener la vida cuando los mercados capitalistas se sitúan en el epicentro y la atacan.⁴⁴

⁴⁴ «A partir de la diferenciación socializadora heteronormativa, mujeres y hombres construyen diferentes desarrollos morales en correlación con dos modelos éticos diferenciados: la ética de los cuidados y la responsabilidad y la ética de los derechos y la justicia. En el primer caso, las mujeres tienden a construir su identidad en relación con lxs otrxs y en la responsabilidad sobre los demás y su contexto concreto, mientras los hombres se construyen a sí mismos, individualizados a tenor de sus derechos como individuo» (Comisión de Feminismos-Sol 15M-Madrid, 2013: 19). Como

En contextos urbanos de capitalismo avanzado y en momentos de bonanza, este esquema ha podido encajar en el molde de la amantísima madre y esposa dedicada a *sus labores* dentro de la familia nuclear radioactiva. Este modelo de mujer ha tenido siempre como imagen especular a La Otra, la *puta*, que gana dinero. De acuerdo con Dolores Juliano (2002), el estigma de la puta ha funcionado como mecanismo de control para todas las mujeres, siempre bajo sospecha si hacemos cosas por algo distinto al amor. Bajo ese modelo, cualquier mujer que ocupe el terreno de lo público, del mercado, se desliza hacia la posición de La Otra, la mala mujer.⁴⁵ Más tarde, el molde se ha ido deslizando hacia la *súper mujer* que llega a todo. En momentos de crisis significa hacer lo que sea para sacar a los suyos adelante: multiplicarse por mil para llegar a todo; estar en casa y conseguir ingresos; migrar a otro país y mantener los vínculos de cuidado en la distancia. Si bien los moldes cambian, hay un elemento de permanencia: no se trata solo de asumir los trabajos no pagados, sino también todas aquellas tareas que quedan de forma residual como imprescindibles para mantener la vida una vez que los trabajos más valorados han sido hechos y repartidos. Y hacerlas sin exigir aparentemente nada a cambio, simplemente por *amor* y *altruismo*, dejando las desesidades propias en la recámara; no por dinero, como hace La Otra. Si sobran tiempo y fuerzas, entonces hay un pequeño espacio para lo propio, pero siempre tras la cobertura de lo ajeno.

A esto lo hemos denominado *ética reaccionaria del cuidado*⁴⁶ y nadie mejor que el antiguo cabecilla de la Iglesia católica, Joseph Ratzinger, para definirla:

Entre los valores fundamentales que están vinculados a la vida concreta de la mujer se halla lo que se ha dado en llamar la «capacidad de acogida del otro». A pesar del hecho de que cierto discurso feminista reivindique las exigencias del «para sí misma», la mujer conserva la profunda intuición de que lo mejor de su vida está hecho de actividades orientadas al *despertar del otro*, a su crecimiento y a su protección. (2004, cursivas en el original).

argumentaremos, ambos desarrollos son perversos, porque ninguno gestiona la interdependencia en términos de reciprocidad y respeto a la autonomía.

⁴⁵ Dolores Juliano afirma que «la estigmatización de diferentes colectivos de mujeres es un eficaz mecanismo para controlar a las mujeres no estigmatizadas y disuadirlas de infringir los modelos vigentes» entre los cuales reconoce los de «las buenas hijas, esposas, madres y amas de casa» (2005: 81-82). Esta autora ha trabajado a fondo el papel del estigma y lo vincula a los roles socioeconómicos adjudicados a las mujeres y a las estrategias socioeconómicas que estas adoptan (2002, 2005 y 2009).

⁴⁶ Matxalen Legarreta (2013) lo denomina «deber moral».

Esta ética del sacrificio y la inmolación se liga a la sempiterna idea de que el sentido del ser mujer es la maternidad, desde una noción no biologicista de la maternidad, que también Ratzinger nos ayuda a comprender:

Esta intuición está unida a su capacidad física de dar la vida. Sea o no puesta en acto, esta capacidad es una realidad que estructura profundamente la personalidad femenina. Le permite adquirir [capacidad] de resistir en las adversidades, de hacer la vida todavía posible incluso en situaciones extremas, de conservar un tenaz sentido del futuro y, por último, de recordar con las lágrimas el precio de cada vida humana [...] la maternidad también puede encontrar formas de plena realización allí donde no hay generación física. En tal perspectiva se entiende el papel insustituible de la mujer en los diversos aspectos de la vida familiar y social que implican las relaciones humanas y el cuidado del otro. (2004)

¿Y por quién se supone que han de sacrificarse las mujeres si quieren ser plenamente reconocidas como tales? Se sacrifican por *los suyos*. ¿Y quiénes son estos? Aquí, ciertas normas asociadas establecen como marco de reconocimiento prioritario la familia de sangre y la legalmente constituida. En su seno, no se trata de un puro e inocente altruismo opuesto a un malvado egoísmo masculino en el mercado, las mujeres sacrificadas no son solo inocentes víctimas que no hacen nunca daño. Los cuidados pueden usarse como un perverso mecanismo de control y manejo de la vida ajena: «Si acepto diluir mi identidad en la tuya, ser alguien en tanto que soy responsable de tu vida, puedo intentar obtener algo a cambio: que tu vida responda a mis criterios éticos y políticos, que me rindas cuentas».⁴⁷ Por eso M^a Jesús Izquierdo (2003) afirma que esta ética genera *sujetos dañados*.

En un sentido más amplio, podríamos decir que el *ser mujer* se construye en relación con la subyugación de la vida propia al *ser hombre*, en línea con la noción de heterosexualidad obligatoria que nos plantea Adrienne Rich (1980) como un sistema de «fuerzas sociales que arrancan las energías emocionales y eróticas de las mujeres de ellas mismas, de las otras mujeres y de los valores identificados con la femineidad». Alguien ha de realizar los trabajos residuales del capitalismo

⁴⁷ En el marco de los debates sobre cómo personas con diversidad funcional reclaman su autonomía con respecto a los cuidados, desde el Foro de Vida Independiente y la Agencia de Asuntos Precarios Azien, nos dicen: «Los cuidados son ese pilar que sostiene la vida pero también pueden convertirse [...] en un obstáculo para el camino hacia la autonomía. Es decir, si los cuidados son algo que se impone y no se cargan de cualidades como el respeto a la decisión del otro, se pueden transformar en una imposición de unas vidas sobre otras» (2011: 175-176).

para que la vida pueda continuar, en un sistema que ataca la vida y la somete al proceso de valorización. Las esferas económicas feminizadas están subordinadas a las masculinizadas. La imposición colectiva de una lógica de acumulación no solo niega la responsabilidad colectiva en el sostenimiento de la vida, sino que la convierte en residual, subyugada e infravalorada. La única forma de asegurar que haya sujetos dispuestos a quedarse a cargo de semejante *marrón* es obligarles a ello, ligar la construcción de su identidad con el sacrificio por el resto. Sometida a la presión de la lógica de acumulación, no es posible una lógica del cuidado; la vida se mantiene a través de una dañina ética reaccionaria del cuidado.

En conjunto, lo que se asocia a la feminidad no es una bonita ética del cuidado ni se ejerce solo mediante el trabajo no remunerado. Es una coerción que obliga a arreglar, sea como fuere, los desperfectos generados por la imposición de la lógica de acumulación. Decimos que la ética del cuidado que forma parte de la matriz heterosexual es una ética reaccionaria en un triple sentido: porque es una ética de inmolación y sacrificio que da lugar a sujetos dañados; porque solo se preocupa por el bienestar en los estrechos márgenes de la familia; y porque sirve para acallar el conflicto capital-vida.

La división sexual del trabajo

En la misma línea podemos releer la división sexual del trabajo como constitutiva de la matriz heterosexual.⁴⁸ Este concepto capta tres cuestiones. En primer lugar, se trata de un reparto sistémico de los trabajos; una distribución de tareas que no es fruto del azar ni de meras negociaciones individuales, sino de estructuras socioeconómicas y políticas que vuelven realmente difícil esa negociación, cuando no imposible. Segundo, el sexo funciona como criterio clave para repartir los trabajos: según seas leída/o (y te leas) como mujer o como hombre, te tocarán unas tareas u otras, y viceversa, según cuáles sean las tareas que hagas se te leerá de una forma u otra; serás menos *mujer* si te has volcado en la profesión y has decidido entonces no ser madre; serás menos *hombre* si has renunciado a un empleo por cuidar a tu padre. La división sexual del trabajo se acompaña de una división étnica y de clase, ya que el significado mismo de la feminidad/masculinidad no se

⁴⁸ Hay quienes prefieren hablar de división del trabajo por géneros, por ejemplo. Aquí mantene-mos el término no en un sentido esencialista, sino con la voluntad expresa de remitir a su origen vinculado al feminismo marxista, por la cualidad sistémica que este le reconocía y la crítica implícita al capitalismo heteropatriarcal que le era propia.

genera en abstracto, sino en su cruce con otros ejes de jerarquización social. Existe una división racializada del trabajo, que está también sexuada, y una división sexual del trabajo, que está racializada. Y, en tercer lugar, en este reparto sistémico según el sexo, se asocian a la feminidad los trabajos que otorgan menor poder socioeconómico, los más invisibles, como veremos a continuación; en el marco de una sociedad capitalista, estos son los trabajos que sostienen la vida: los trabajos residuales, los cuidados.

La división sexual del trabajo significa que existe una asociación diferencial y sexuada de los trabajos con el valor. De ella nos habla Dolores Juliano al referirse a la «correlación inversa entre logro económico y prestigio social, que se da en todas las tareas tradicionales femeninas» (2005: 82). En los trabajos masculinizados, cuanto mayor sea el valor económico del trabajo realizado (en términos de salario y derechos contributivos), mayor será el reconocimiento social. Bajo los parámetros de la masculinidad, se es más importante cuanto más importante sea el trabajo que se haga. En el contexto de una sociedad que pone los mercados capitalistas en el centro, «más importante» significa estar mejor posicionado en el proceso de acumulación. Por el contrario, en los trabajos feminizados el reconocimiento social es mayor cuanto menor sea el valor *económico*. De hecho, hay una sanción social en términos de reconocimiento si se exige remuneración por realizar aquellas labores asociadas a la feminidad. Bajo los parámetros de la feminidad, se te valora más si estás dispuesta a hacer las cosas gratis, por amor. Si no es así, ocupas el espacio de La Otra. Así, se acusa de desalmada a la empleada de hogar que amenaza con no levantar de la cama al anciano que ha empeorado y ya no puede ir solo ni al baño, si no le suben el sueldo. La sanción es máxima en el caso de la trabajadora sexual, que convierte en un medio para ganarse la vida aquello que solo *debería* hacerse por amor.

La familia nuclear o la construcción violenta de la norma y la normalidad

La imposición histórica de la familia nuclear fordista como modelo de organización microeconómica del capitalismo heteropatriarcal es un claro caso de realidad performativa. Con este término, nos referimos al matrimonio heterosexual con hijos donde él es leído como cabeza de familia proveedor y autónomo y ella es leída como ama de casa dependiente y plenamente dedicada a su familia. Esta ha sido (y en gran medida sigue siendo) la familia hegemónica en cuanto al deber-ser. No ha sido nunca la familia *normal* en el sentido de mayoritaria: los hogares han sido

diversos y no se pueden reducir a semejante dibujo; siempre ha habido mujeres en el mercado laboral; y el trabajo de cuidados no lo han organizado nunca solas cada una en su casa, sino a través de redes feminizadas.

Sin embargo, sí ha sido *normalidad hegemónica* en el sentido de que desviarse de ella implicaba recibir la etiqueta de grupo social *problemático*. Cristina Borderías (1993) explica que las mujeres obreras siempre han sido doblemente invisibles: en el mercado han tenido que esconder sus responsabilidades familiares y rendir como la que más; en el hogar debían acercarse al ideal de madre y esposa abnegada, evitando que su trabajo asalariado interfiriera con sus tareas domésticas. Es hegemónica, además, en el sentido de que sobre esta *normatividad* se han construido las instituciones económicas y, con especial fuerza, el Estado del bienestar y el mercado laboral organizado en torno al trabajador champiñón. A partir de esta supuesta *normalidad*, se han implementado las políticas económicas, entre ellas, todas las de recorte del gasto público que derivan los costes hacia los trabajos no remunerados.⁴⁹

Pero esta *normatividad* no ha existido siempre. Las normas no son estructuras estables ni sin fisuras, sino formas de deber-ser contestadas y reconstruidas permanentemente. Por eso nos interesa ver cómo se han ido construyendo históricamente, cómo se transforman, cómo se incardinan en distintos grupos sociales y cómo la norma de los grupos privilegiados contagia al resto. En otro lugar hemos afirmado:

Esta familia como normalidad hegemónica se ha impuesto mediante políticas públicas y legislaciones (salarios mínimos diferenciados por sexo; prohibición a las mujeres de trabajar en ciertos sectores; normativas de castigo a los afueras de esa familia, etc.); discursos *científicos* (economistas clásicos que diseñaron la escisión público/privado-doméstico y alabaron la reclusión de las mujeres en el segundo; discursos médicos de delineamiento de la diferencia sexual y patologización de todo aquello que saliese del binarismo heteronormativo); e intervenciones políticas (entre ellas, la lucha sindical por el salario familiar para los hombres). (Amaia Orozco y Sara Lafuente, 2013: 94)

⁴⁹ A esto se ha denominado sesgo del ganador del pan, aquel que «surge de asumir que la economía del cuidado no remunerado se articula con la economía de mercado de producción de mercancías mediante un ingreso que se abona al varón proveedor y que se supone es suficiente para cubrir las necesidades monetarias de un conjunto de dependientes (mujer, hijos, ancianos, enfermos)» (Diane Elson, 2002b: 6).

En los inicios de la Revolución Industrial había muchas mujeres en todos los sectores pero pronto se debatió con vehemencia si debían o no *trabajar*.⁵⁰ Se estaba produciendo una redefinición de los roles de género. Precisamente porque la rearticulación del heteropatriarcado era un terreno en disputa, los economistas clásicos se preocuparon (y mucho) por el lugar correcto de las mujeres en la economía. Grandes popes de la economía política clásica abogaban por negar la educación a las mujeres y/o por pagarlas menos para disuadirlas de *trabajar*; incluso por sacarlas a la fuerza.

No hay ninguna institución pública para la educación de las mujeres y no hay nada inútil, absurdo o fantástico en la educación que reciben habitualmente. Se les enseña lo que sus padres o guardianes juzgan útil y necesario que aprendan y no se les enseña nada más. Cada parte de su educación sirve, evidentemente, a algún propósito útil: a mejorar el atractivo natural de su persona o a preparar su mente para la reserva, la modestia, la castidad y la economía; a prepararla adecuadamente para que llegue a ser ama de casa de una familia y para que se comporte debidamente cuando llegue a serlo. (Adam Smith, 1759)⁵¹

Esto se tradujo en legislaciones y políticas públicas: la negación del derecho a la educación de las mujeres, leyes *protectoras* que prohibían el trabajo asalariado de mujeres y menores (por completo o en ciertas modalidades, como el trabajo nocturno) e incluso, a menudo, la prohibición de la sindicación de las mujeres que operó en muchos sindicatos europeos hasta bien entrado el siglo XIX. Este modelo de familia se concretaba en la ideología del «salario familiar» para los hombres. En algunos países, a la vez que se prohibía el trabajo de las mujeres en las fábricas, se legisló un salario mínimo que debía permitir a un trabajador mantenerse a sí mismo y a su familia. Esto no operó para las mujeres, pues su salario mínimo era, por ley, el que les cubría solo a ellas. Obviamente, cuanto menor educación tuvieran, cuanto menos cobrasen, o si se les prohibía *trabajar*, era menos probable que buscaran trabajo en el mercado si tenían elección. Aquí se ve con nitidez cómo la construcción de las mujeres como sujetos *no económicos* es una construcción social. Igual que la de los hombres como trabajadores (asalariados).

⁵⁰ Una buena revisión histórica está en Maribel Mayordomo (2000 y 2004).

⁵¹ Adam Smith (1759), *Investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*, citado en Maribel Mayordomo (2000).

Asimismo, se enfatiza en las mujeres la ética reaccionaria del cuidado: «El capital más valioso de todos es el que se invierte en los seres humanos; y la parte más preciosa del mismo es el resultado del cuidado y la influencia de la madre, siempre que ésta conserve sus instintos tiernos y altruistas y no se haya endurecido a causa del esfuerzo y la tensión de un trabajo poco femenino» (Alfred Marshall, 1890). Cuando las mujeres quieren trabajar a cambio de un salario, violentan la línea de concordancia de la matriz heterosexual y aparece un fuerte sentimiento de culpa: «La gran mortalidad infantil entre los pobres se debe en gran parte a la falta de cuidado y buen criterio en la preparación de sus alimentos» (Alfred Marshall, 1890). Para Francis Edgeworth (1922), un número alto de mujeres en el mercado laboral traería «una debacle, arruinarían por igual la riqueza y la familia». Más aún, una madre obrera es peor que «las mismas bestias del campo [que] cuidan a sus cachorros con afecto instintivo. Solo las madres humanas se niegan a alimentarlos» (William Jevons, 1904).⁵²

Al mismo tiempo, esa *normalidad* ha permeado la teoría económica. Michelle Pujol (1995) afirma que esta teoría se construye sobre la idea de que todas las mujeres cumplen los siguientes cinco rasgos: 1) Están en el ámbito de lo doméstico, casadas (con hombres, añadiríamos hoy) y son madres. 2) Dependen primero del salario de sus padres, luego del de sus maridos. 3) Son amas de casa y se especializan en *labores domésticas*. 4) Son *improductivas*, ya que el trabajo doméstico no produce valor. 5) Y son *irracionales* porque no se guían por el egoísmo, que es el motor racional del crecimiento en el mercado, sino por el amor y el altruismo a su familia, que es lo moralmente deseable, pero que es irracional y, por lo tanto, no económico. Esas son las mujeres que aparecen en la economía, cuando aparecen. Las que rompen con esa norma no existen para los economistas. Como afirma también Michelle Pujol: «Hay que buscar mucho para encontrar referencias a mujeres solteras, o que ya no están casadas, por no hablar de lesbianas, de las cuales los economistas no han debido oír hablar nunca» (1995). Al contrario, la experiencia mercantil de los hombres, plenamente reconocibles como tales en la matriz heterosexual, se convierte en el punto de referencia para generar teorías económicas universales, válidas para cualquiera.⁵³

⁵² Las citas de Alfred Marshall (*Principles of Economics*, 1890) están tomadas de Jean Gardiner (1999). Las citas de Francis Edgeworth («Equal Pay to Men and Women for Equal Work», 1922) y de William Stanley Jevons («Married Women in Factories», 1904) están tomadas de Michelle Pujol (1995).

⁵³ Pongamos un elocuente ejemplo. En clases de economía laboral nos enseñan a resolver la oferta de trabajo general (cuánto va a querer *trabajar* la gente en función de los salarios que pueda recibir y el coste de la vida). Son fórmulas matemáticas que explican cómo las personas distribuimos nuestro tiempo entre *trabajo* y ocio. En una sesión específica se nos explica la excepción, la oferta laboral de las mujeres, que es una decisión de reparto del tiempo entre *trabajo*, ocio y trabajo

Esta interacción entre realidad y teoría, discurso y práctica nos pone en las manos diversos hilos de debate enredados en una madeja difícil de abordar al nombrar la feminización de la responsabilidad de sostener la vida. ¿El reconocimiento de este papel de cuidadoras es un ejercicio de legitimación y reivindicación de su rol económico o refuerza el statu quo de injusticia? Nuestro propósito de visibilizarlo, ¿ha sido tan *exitoso* que las políticas ya lo *tienen en cuenta*, se construyen asumiendo que las mujeres lo *harán*, incluso a través de su auto-inmolación? En definitiva, se trata de entender la construcción de la masculinidad y la femineidad, los papeles que ocupamos cada quien en un momento dado del tiempo, sin solidificarlos; buscamos el modo de valorar el rol de las mujeres sin reforzarlo ni encorsetarlo.⁵⁴

El sistema socioeconómico como un iceberg

En el capitalismo, la responsabilidad de sostener la vida se privatiza y se feminiza. La existencia de esferas, trabajos y sujetos que asuman esta responsabilidad es imprescindible para que pueda mantenerse la vida en un sistema que la ataca (así como para que permanezca el sistema en sí), al priorizar la acumulación que tiene lugar en las esferas masculinizadas. Es igualmente imprescindible que estos sujetos y trabajos permanezcan subyugados o, dicho de otra forma, invisibilizados. La noción de (in)visibilidad resulta clave para la comprensión del sistema socioeconómico. Jugando con esta cualidad, usamos la metáfora del iceberg para representar gráficamente la economía y hacer referencia a dos ámbitos diferenciados por

doméstico. El primer modelo, que se entiende como universal y del cual las mujeres se desvían, no es sino la universalización de la oferta laboral de los hombres que se adscriben a ese modelo de familia nuclear, que implica que hay quienes cubren gratis esos otros trabajos. Construimos teoría normalizando el privilegio.

⁵⁴ Un ejemplo paradigmático de estos debates son los programas de transferencias condicionadas de ingresos, la medida por excelencia de la *nueva política social* de combate contra la pobreza en América Latina. Consiste en dar a las madres una pequeña ayuda monetaria exigiéndoles a cambio que cumplan condiciones, en general relacionadas con compromisos de salud y educación de sus hijas e hijos (demostrar que van a la escuela, al centro de salud). Se dirigen específicamente a las madres y no a cualquier adulto responsable porque se entiende que ellas lo gastan bien y no lo desvían para su propio beneficio. Esto, hasta cierto punto, es un logro del propio feminismo, dado que en una etapa previa las políticas de combate a la pobreza tomaban como interlocutores a los varones *cabeza de familia*. Pero, a la par, ¿se refuerza así la doble visión de las mujeres como madres altruistas y de los hombres como irresponsables y egoístas? ¿Pueden ser políticas efectivas en el combate contra las formas más duras de pobreza (con grandes limitaciones, sin duda, porque no atacan sus causas estructurales) y/o son políticas que perpetúan la sobrecarga de responsabilidades sobre las mujeres? Estos debates los recogen, entre otros, Corina Rodríguez Enríquez (2012) y CEPAL (2013).

sus propios procesos internos: la parte visible recoge en sí el proceso de acumulación y la invisible es la que se encarga en su conjunto de sostener la vida. Esta imagen del iceberg permite visualizar todas las esferas socioeconómicas sin situarlas en el mismo plano de análisis y de relevancia social, sino mostrando cómo unas son la base de toda la estructura; más aún, una base que necesariamente tiene que permanecer oculta. A la par, remite a la imposibilidad de escindir los diversos procesos que intervienen en la sostenibilidad de la vida, sea o no favoreciéndola.⁵⁵ Finalmente, debemos apuntar que la escisión entre esferas visibles e invisibles resulta útil analítica y políticamente, pero que no es nítida. La valorización de capital no se da solo en la esfera mercantil, sino que atraviesa el conjunto de la estructura. A su vez, el sostenimiento de la vida usa recursos provenientes de los mercados; más aún, en el capitalismo no hay vida al margen de los circuitos de acumulación que no esté condicionada por estos y por su primacía.

Trabajos invisibles

¿En qué sentido hablamos de invisibilidad? A menudo describimos los trabajos de las mujeres como invisibles para referirnos a que no se pagan y/o a que no se miden. Estas son nociones unidimensionales de la invisibilidad, que necesitamos tornar más compleja. En términos de trabajos, la invisibilidad se refiere a un conjunto amplio de carencias que se acumulan y que conforman una intersección (no necesariamente todas confluyen a un tiempo) para dar como resultado final que ese trabajo (las condiciones en las que se da y la contribución socioeconómica que supone) no sea objeto de discusión pública y política. Viceversa, un trabajo será más visible cuanto más reconocido sea y colectivamente asumido esté.

La (in)visibilidad se refiere a la disponibilidad o a la carencia de datos, en general, y de mediciones cuantitativas, en particular, en una sociedad obsesionada con los números.⁵⁶ Hace referencia también a la disponibilidad o carencia de nombres y conceptos para aprehender lo que ocurre en esos trabajos. Desde

⁵⁵ Esta imagen (usada, entre otras, por M^a Ángeles Durán) se diferencia de otras como la utilizada por Hazel Henderson (1984) y Hilikka Pietilä (1998), quienes proponen pensar la economía como un pastel compuesto por tres capas (la «madre naturaleza», la «contra economía social cooperativa» y el sector público) y recubierto por una capa final de helado (los mercados), que es lo único que logramos ver. La metáfora del iceberg es utilizada asiduamente por el movimiento feminista.

⁵⁶ Asegura M^a Ángeles Durán que: «Cada época produce sus propios objetos culturales y la estadística es un objeto cultural tan característico del siglo XX (y del XXI, muy probablemente) como los coliseos o las catedrales góticas lo han sido en siglos anteriores» (1995: 96).

los feminismos hemos elaborado importantes herramientas analíticas y metodológicas para captar el *más-acá-del-mercado*, pero no hay ninguna duda de que su desarrollo está en pañales y es ínfimo si lo comparamos con la extensión del aparato dedicado a entender lo mercantil. (In)visibilidad también en función de la existencia o ausencia de un sistema de reconocimiento de los saberes. En sectores laborales feminizados, las competencias desplegadas tienen a menudo poco que ver con los conocimientos sancionados por el sistema educativo y sí mucha relación con los aprendizajes vitales extra-oficiales; no se catalogan como saberes ni se traducen en mejores condiciones laborales, pero sí se exigen y se exprimen. En el extremo, los cuidados se entienden como un (*no*) *saber* innato, consustancial al *nacer mujer*. La (in)visibilidad se debe también a la existencia o falta de remuneración asociada a la actividad y a la calidad de esa remuneración (si conlleva o no ingresos, el volumen de estos, si son estables o inciertos). Una tarea es invisible cuando no se reconoce como una contribución al conjunto social y, por lo tanto, no genera derechos sociales en el marco del Estado del bienestar. (In)visibilidad también según exista o no regulación colectiva para definir las condiciones laborales: delimitación de las tareas, tiempos de descanso, horarios, enfermedades profesionales, riesgos laborales. Y según haya o no estructuras políticas desde las que definir reivindicaciones y luchar por ellas así como en qué medida esas instituciones son reconocidas como interlocutoras legítimas y con capacidad de negociación. Todo este conjunto amplio de dimensiones termina definiendo el lugar socioeconómico de un trabajo y de los sujetos que lo realizan; en su articulación cambiante, definen su grado de visibilidad o de opacidad.

Las fronteras de la (in)visibilidad son porosas y dinámicas. Podemos identificar transformaciones en los paradigmas de la invisibilidad: desde los cuidados gratuitos del ama de casa en el franquismo (ensalzados como contribución a la nación, pero no en tanto que *trabajo*) hasta el empleo de hogar de una mujer migrante interna en situación administrativa irregular hoy día. Aunque el trabajo que realiza esta última sí es remunerado, operan una serie de mecanismos que lo vuelven invisible. Estos mecanismos son simbólicos: a la ética reaccionaria, que se aplica a los cuidados tanto si se realizan gratis como si son pagados, se suma una ideología (neo)servil, que «legitima (directa o indirectamente) la existencia de dos clases sociales: una que puede comprar cuidados y otra que debe venderlos» (Amaia Pérez Orozco y Silvia L. Gil, 2011: 152). Y también son materiales, con la confluencia de la racista ley de extranjería y el discriminatorio régimen especial de empleo de hogar. Otro caso claro de invisibilidad es el trabajo de las mujeres campesinas, donde se produce la intersección de la minusvaloración de los trabajos hechos por mujeres, el menosprecio de la agricultura campesina (en la que no

funcionan los paradigmas del *desarrollo* ligados a la industrialización del trabajo en el campo) y el tratamiento de la alimentación como una mercancía y no como un derecho.⁵⁷

La (in)visibilización como ejercicio del poder

En un sentido más amplio hablar de invisibilidad implica afirmar que los sujetos que *habitan* esas esferas no acceden mediante ese «habitar» a la ciudadanía económica y social, ni se constituyen en sujetos políticos cuya voz tenga canales de intervención. Hablamos de invisibilidad en el sentido de que se detrae capacidad para cuestionar desde ahí el conjunto de la estructura, para convertir en colectivos los problemas y situaciones que se experimentan; ahí queda encerrada la difícil responsabilidad de manejar las contradicciones entre el proceso de acumulación y el de sostenibilidad de la vida. De esa manera el conflicto *desaparece*, porque se absorbe en esferas socioeconómicas que *no existen* y se pone en mano de sujetos a quienes se niega el reconocimiento en tanto que *sujetos políticos*. La única forma de que reciba legitimidad social un sistema construido sobre una tensión inherente capital-vida, donde la vida está siempre bajo amenaza, es que el conflicto no se vea. La lógica de acumulación es plenamente visible en el sentido de que tiene poder para imponer su propio proceso y legitimar sus necesidades y ritmos como aquellos propios del conjunto social. Por el contrario, asumir la responsabilidad de sostener la vida es asumir la responsabilidad de gestionar el conflicto y esto debe tener lugar en el espacio de la no-política y del no-poder para contener el estallido social. El sistema socioeconómico es una estructura inherentemente jerárquica, donde la negación de la ciudadanía a determinados sujetos es condición *sine qua non* para que el sistema permanezca a flote. Por eso no podemos hablar de invisibilidad, sino de invisibilización.

⁵⁷ A la hora de reflexionar en torno a los procesos de invisibilización que suceden en esta Cosa escandalosa, los feminismos en el Norte global nos hemos centrado en los cuidados, desatendiendo la agricultura campesina, que sí ha sido más trabajada por los feminismos del Sur global. Probablemente esto haya sido consecuencia de un sesgo desarrollista que menosprecia el campo. Para un análisis de la situación de las mujeres baserritarras (campesinas en Euskadi), véase Lorena Urretabizkaia Gil (2012), en quien están basadas estas reflexiones. Sobre soberanía alimentaria y feminismos, véase VVAA (2012); sobre economía feminista y soberanía alimentaria, Miriam Nobre Pacheco *et al.* (2012).

La invisibilización es poder: ejercicio y reconstrucción de relaciones de poder jerárquicas.⁵⁸ Ocupar determinadas esferas otorga poder: de compra, de reclamación de derechos, de negociación, de definición de las prioridades socioeconómicas; poder para escindir la vida propia de la vida común y convertirla en la digna de ser sostenida, en general, y de ser rescatada, en momentos de crisis. Y es (re) construcción del poder porque el habitar unas u otras esferas se distribuye a partir de los ejes de jerarquización que conforman esa Cosa escandalosa. Ocuparán las esferas invisibilizadas aquellos sujetos que tengan menor capacidad de elección o menores alternativas dado el funcionamiento de diversas estructuras simbólicas y materiales. En conjunto, podemos pensar la (in)visibilización a partir de cómo ciertos espacios, procesos y sujetos se convierten en hegemónicos y otros en subalternos. La parte visibilizada encarna los valores del sujeto privilegiado del *proyecto modernizador*, es una esfera estructurada en torno al BBVAh. En las esferas invisibilizadas se insertan los *otros*, los distintos a dicho sujeto.

Aquí puede resultarnos útil el planteamiento de las feministas marxistas de los años ochenta (vinculadas a las teorías de los sistemas duales), quienes buscaban comprender el capitalismo patriarcal o el patriarcado capitalista. Para ellas, el capitalismo es un sistema de puestos vacantes, que crea jerarquías entre trabajadores, pero no establece quién debe ocupar cada puesto, siendo otros sistemas de jerarquización social los que lo determinan. Ahí entra en juego el patriarcado ya que: «El patriarcado no es simplemente una organización jerárquica, sino una jerarquía en la que determinadas personas ocupan determinados puestos» (Heidi Hartmann, 1979: 97). Podríamos recuperar esta idea, si bien debemos dotarla de mayor complejidad al menos en tres aspectos. Por un lado, porque la propia distinción entre esas «determinadas personas», mujeres y hombres, no es tan natural como pensábamos, con lo que debemos preocuparnos por entender cómo se da el propio proceso de identificación binaria del mundo. Por otro, está la cuestión de que el patriarcado no es el único sistema de jerarquización que define qué sujetos han de ocupar qué posiciones; hay otros muchos mecanismos (raciales, étnicos, de diversidad funcional, sexual) que definen qué lugar ocupamos cada quien. Por último, que las jerarquías no se crean solo en términos de capitalistas frente a trabajadores, o de distintas jerarquías de trabajadores asalariados, sino que afectan, en un sentido más amplio, a lo que vale la vida, a la capacidad de hacer que la vida de un cierto sujeto sea comprendida como responsabilidad del conjunto.

⁵⁸ Usamos aquí una noción de poder que no lo considera como únicamente represivo, monolítico, ostentado por un grupo social privilegiado y ejercido mediante la subordinación de otro grupo igualmente coherente y cohesionado, sino que se ejerce en redes y se recrea de manera performativa en cada relación. «No existe un lugar fuera del poder: todas/os estamos en él, en todo momento, aunque de formas disimétricas, jerárquicas y, a menudo, fatales» (Rosi Braidotti, 1998: 5).

Capitalismo heteropatriarcal

Esta economía que representamos como un iceberg es un sistema capitalista heteropatriarcal. Hablar de capitalismo es decir que los mercados capitalistas están en el epicentro y, en consecuencia, que la vida en su conjunto está amenazada, porque se pone a disposición del proceso de acumulación de capital (de unas pocas vidas convertidas en hegemónicas). Es decir que, en el marco de su estructura, no existe ni puede existir una responsabilidad colectiva en sostener la vida; se trata de un sistema biocida, de una economía de muerte a medio o largo plazo. Hablar de heteropatriarcado es responder parcialmente a la pregunta de cómo, entonces, se logra mantener la vida (porque sin ella no hay nada, ni siquiera capitalismo). Es decir que la responsabilidad de sostener la vida está feminizada y se remite al marco de lo privado en una estructura social que escinde lo público (lo político) de lo privado-doméstico (lo no político) y que construye esa institución (los hogares) que la asume; es decir que esa responsabilidad está invisibilizada, depauperada en cuanto a capacidad de generar conflicto.

El heteropatriarcado es uno de los mecanismos que garantizan esa estructura binaria en la que se subyuga a una parte. Es un sistema de relaciones de poder que garantiza la existencia de sujetos *mujeres* (cuidadoras sometidas a la ética reaccionaria) que no construyen política y conflicto desde su propia vida, sino que la ponen al servicio del sujeto privilegiado, el BBVAh.

Hay una estructura epistemológica patriarcal dicotómica y sexuada que se traslada a las prácticas socioeconómicas: los espacios, procesos y sujetos socioeconómicos invisibilizados corresponden al *otro oculto* feminizado del discurso. En este sentido, no se trata solo de afirmar que las mujeres siempre han estado presentes en los ámbitos invisibles, sino que lo que ahí se produce es una «presencia ausente de la feminidad [...] la necesaria pero no reconocida infraestructura de la sociedad» (Gillian Hewitson, 1999: 161). Es necesario que haya sujetos que asuman activamente la responsabilidad de sostener la vida (presentes por lo tanto en la economía), pero que lo hagan sin legitimidad para preguntar por qué no es ese el proceso socialmente priorizado (ausentes así de la economía). Al mismo tiempo, reconocemos esta presencia ausente como feminizada, en un triple sentido: simbólico, subjetivo y material.

Hilos pendientes de recorrer

Los feminismos nos enfrentamos a múltiples tareas para ir escudriñando cómo opera este iceberg. En primer lugar, romper con la mirada dicotómica con la que hemos tendido a pensar esta estructura en torno a divisiones como trabajo remunerado / trabajo no remunerado, empresa / hogar, producción / reproducción, empleo / cuidados, ámbito público / ámbito privado-doméstico, hombres / mujeres. En segundo lugar, entender cómo la noción de (in)visibilidad se aplica a otros ámbitos y divisiones socioeconómicas, además de a las escisiones mercado / no-mercado y masculino / femenino. Tenemos que ver qué papel juega en esa configuración del iceberg la economía informal o popular y los recursos naturales;⁵⁹ y entender ese iceberg en términos globales, conjugándolo con la estratificación étnica, con el (neo)colonialismo y con las desigualdades mundiales entre países y territorios.

En tercer lugar, debemos preguntarnos cómo toda esta estructura se está reconfigurando e identificar las líneas de continuidad y de transformación. Entre los procesos de cambio que necesitamos tener en cuenta están la financiarización y la globalización neoliberal, que implican la intensificación del conflicto capital-vida y el escoramiento del Estado hacia el proceso de acumulación. Esto nos obliga a entender la compleja y tensa interacción entre producción y distribución mercantiles y el ámbito de las finanzas. Otro proceso a no perder de vista es la mercantilización de la vida. Quizá podríamos utilizar la noción de biocapitalismo, que pretende recoger el hecho de que lo que genera valor de cambio y beneficio ya no es solo el trabajo sino la vida en sí y la vida en su conjunto; al mismo tiempo tendríamos que discutir si esto es cierto más allá de los contextos del Norte global. El biocapitalismo capta también la idea de que los mecanismos de control del capitalismo no son externos, sino que se inoculan en nuestras subjetividades.⁶⁰ Sobre esta cuestión, desde los feminismos, planteamos la pregunta de hasta qué punto

⁵⁹ Hay quienes sitúan la naturaleza como la base de todo el iceberg, por encima de la cual aparecen los trabajos de cuidados, etc. En este texto, preferimos usar la idea de que el ecosistema es el marco dentro del cual se halla el iceberg socioeconómico, como veremos en el próximo capítulo.

⁶⁰ Se abre aquí la pregunta de si, con las políticas austericidas, se están rearticulando estructuras disciplinadoras de sujeción externa e imposición de un orden social en la medida en que estas habían perdido protagonismo con el paso de las sociedades disciplinarias a las sociedades de control. En esa línea, Stephen Gill y Adrienne Roberts afirman que está instalándose un «neoliberalismo disciplinador [que] es una forma concreta de poder estructural y conductual que combina el poder estructural del capital con formas más difusas y capilares de lo que Foucault llamó el “poder disciplinador”» (2011: 162).

esto no ocurría ya con respecto de las formas de control en lo privado-doméstico, en las esferas que resuelven la vida; y si la diferencia no es, quizá, que ahora estos mecanismos se trasladan al ámbito de lo público y lo mercantil, lo visibilizado.

Por último, todo esto está en pleno proceso de cambio por el propio cuestionamiento de las nociones hegemónicas de masculinidad y feminidad. Las fugas y las resistencias a las identidades sexuales y de género no hegemónicas, el cuestionamiento abierto del heteropatriarcado y del binarismo heteronormativo, ¿desestabilizan esta estructura socioeconómica? ¿Cómo reconfiguran el iceberg? Necesitamos mirar atentamente estos procesos, más aún con su reconfiguración en momentos de crisis. Las fronteras entre lo público y lo privado-doméstico se difuminan, la lógica de acumulación permea el conjunto de la vida y las propias concepciones de la feminidad y la masculinidad están en proceso de cambio acelerado. Necesitamos pensar el conjunto del sistema socioeconómico, pero comprendiendo la movilidad y la permeabilidad de las fronteras entre lo visibilizado y lo invisibilizado, esto es, el dinamismo y la recreación constante de las relaciones de poder.